

VIGENCIA DEL PENSAMIENTO DE ORTEGA Y GASSET EN VENEZUELA

JOSE RAMON VIADO ONIS
Universidad Complutense

PROLEGÓMENOS

El tema sería válido para el conglomerado de pueblos hispanoamericanos tomados en un contexto global, en el cual, por derecho propio, Venezuela tiene, sin embargo, una importante representatividad. Pues no es casual que en el mes de mayo se conmemoraba con diversos actos académicos en Madrid el centenario del nacimiento del gran hombre y pensador que fue José Ortega y Gasset, y en el mismo mes, a solo escasos días, se celebraba también la conmemoración de los doscientos años del natalicio de otro gran hombre, ilustre caraqueño, estadista, factor de la independencia de cinco países hispanoamericanos e importante precursor del Pan-Americanismo, o mejor Pan-Hispanoamericanismo, que fue Simón Bolívar, «el Libertador», como respetuosa y cariñosamente es conocido en Venezuela e Hispanoamérica en general.

Dos personajes que han influido, desde distintas vertientes, en el quehacer de las ideas del mundo de habla hispana e indudablemente, por ende, han con-

tribuido con sus ideas y en distintas formas al conjunto de la Humanidad.

Una vez testimoniados estos homenajes, nos referiremos al marco en que se desarrolló y cómo se patentiza el pensamiento orteguiano en el devenir intelectual de Venezuela, para lo cual partiremos de algunas circunstancias específicas, prolegómenos del marco actual. Venezuela, esta Venezuela de los contrastes y los «petrodólares», la discutida y exótica república, con su bella Caracas, plagada de modernas e irreverentes torres de «concreto», que más parecen recordarnos a Chicago o Nueva York que a la Caracas «Sultana del Avila», apacible y provinciana, pero siempre romántica y entrañable ciudad «de los techos rojos», conocida por el sabio Humboldt en sus viajes. Con sus grandes casonas coloniales, flanqueadas por hermosos patios y enhiestos chaguaramos a lo largo del ingreso principal y cobijadas por las altas matas de mango, arrulladas por la música antañona o las familiares tertulias vespertinas que tanto evocaban el pasado.

Esa era la Caracas colonial y pinturera. Recordamos la vista del hermoso valle de Caracas en la fresca mañana decembrina, con sus cambiantes tonalidades, desde el albo de la tenue niebla matinal que la envuelve, hasta los azulados y violetas, que se van tornando naranjas y radiantes a medida que se alza el sol por el Este.

Qué espléndida visión desde los altos de San Bernardino, o mejor desde la clásica zona de La Pastora. Hasta los nombres de los lugares suenan mejor, con más sabor, más románticos, que los actuales, que si bien siguen existiendo, parecen más precarios, más empequeñecidos, como acorralados y tímidos entre los imponentes bloques de construcción, y para poder ver Caracas tenemos que empinarnos sobre la punta de los pies, o tenemos que contemplarla desde la moderna autopista que lleva el científico nombre de «Cota Mil», por su relación media de altura sobre el nivel del

mar, autopista que fue construida al pie del Avila con las más modernas tecnologías, hecha más bien pensando en la velocidad y pragmatismo tan necesario hoy, pero tan lejana de la concepción de solaz del viejo caraqueño (aunque reconocemos que tiene algunos miradores panorámicos).

«Dear old times», añoranza, siempre añoranza de otros tiempos pasados que son mejores que los de hoy, pero que son irreversibles, ya no retornan, pero que, sin embargo, permanecen tan queridos para los tradicionales caraqueños, los pocos que quedan, aunque también para todo aquel que ha conocido aquella bella y vieja querida Caracas.

Actualmente, desde la irrupción del petróleo, cambió su perfil y su paisaje: esto fue el preludio. Ese febril levantar torres de petróleo en el lago de Maracaibo; pueblos que surgieron como por arte de magia en torno a los yacimientos: Mene Grande, Lagunillas, Bachaquero, Cabinas..., se vuelven rápidamente ruidosos compamentos donde impera el desorden y la fiebre del dinero avasalla las costumbres tradicionales. Ya se va quedando atrás la bucólica Venezuela provinciana. Caracas se americaniza, o mejor «se norteamericaniza», se la llevaron los «fenicios del Norte», con sus máquinas ruidosas, tubos, chicle y el O.K.

De los cambiantes avatares sociales, de los rumbos petroleros de nuevo cuño, se afianza, pues ya existía, ¡hélas!, la dictadura de Juan Vicente Gómez, modelo despótico que pervivirá durante treinta y cinco años en el poder, sojuzgando y tiranizando al pueblo, sin permitir ninguna ideología ni aire libertario, ni nada que olera a liberal o intelectual, especialmente si eran ideas provenientes del extranjero. Pero de ese régimen dictatorial surgirá el efímero periodo democrático del escritor don Rómulo Gallegos, aunque infortunadamente, antes de cumplirse el año de su mandato, es derrocado, asumiendo el poder una junta militar de gobierno, presidida por el entonces general Carlos Delgado Chalbaud. Pero los infortunios no terminan ahí,

pues poco más tarde el general Delgado Chalbaud es asesinado y, al cabo de distintas peripecias, el país desembocará de nuevo en otra dictadura militar, la de Pérez Jiménez, que, con sus tan típicas megalomanías por los grandes monumentos estilo moderno-faraónicos y sus compadrazgos y dispendios incontrolados, vuelve a sumir al país en un cuasi *ghetto* para la cultura. Así, muchos intelectuales del momento tendrán que tomar el camino del exilio, entre los que se hallan el mismo don Rómulo Gallegos y otros muchos, pues lo más prominentes serán arrojados a las tétricas mazmorras de la Seguridad Nacional, si es que escapan con vida de sus torturas y vejaciones.

Al ser derribado en 1958 el régimen pérez-jimenista, Venezuela es un país con grandes problemas sociales que la incipiente democracia trata de enrumbar con gran sacrificio, aunque con distintos matices, pues durante estos largos periodos de dictaduras y cuartelazos, aunque a contrapelo, se ha ido gestando una cierta clase media, aunque con una predominación de la minoría muy acaudalada, reaccionaria, generalmente representante de los grandes capitales internacionales, que no le importa mayormente el tipo de gobierno que impere siempre que le permita seguir aumentando sus riquezas, y, por otra parte, la extensa masa de población marginada, con escasos ingresos y casi totalmente impreparada o impotente para entrar dentro de los patrones de consumo de la sociedad capitalista.

Este pueblo llano, de gran movilidad, pues abandona el campo tratando de conseguir mejores oportunidades de vida para sí y sus descendientes, formará parte del infausto cinturón de miseria de las grandes urbes sudamericanas principalmente, o lumpen-proletariado, creando graves problemas y desajustes sociales a los dirigentes de turno. Así, citamos: «Existe en Sudamérica una mayor desproporción que en otros continentes entre el índice de densidad y congestión urbano y la desproporción rural. Así, por ejemplo, a pocos kilómetros de Río de Janeiro, Lima, San-

tiago de Chile, Montevideo o Caracas, nos parece encontrarnos en los albores de la época colonial, de suerte que los rasgos propiamente indígenas o mestizos, la escasa "habitabilidad" de la zona, el bajo padrón de la vida y la resignada y apática lentitud de sus escasos y mal nutridos habitantes evidencian en seguida el bajo índice de desenvolvimiento nacional, apenas disimulado por la suntuosidad y el falso lujo —casi siempre a crédito— que exhiben aquellas grandes urbes. El salto, pues, entre las cabezas y los cuerpos nacionales es tan espantoso que difícilmente parecen pertenecer a una misma entidad» (1).

La necesidad de crear una sociedad más equilibrada, más homogénea (lo cual significa además mayor posibilidad de votos a favor), o la amenaza de los regímenes subversivos, los desajustes sociales y tantos otros factores inquietantes, hacen que los gobiernos traten de buscar soluciones, entre otras cosas también tratando de acercarse lo más posible al cumplimiento de los programas electorales (que son siempre mayores que las reales posibilidades de cumplimiento) de los partidos ahora alternantes en el poder, AD (Acción Democrática) y COPEI (Social Cristianos, actualmente en el poder), crean una cierta expectativa, una necesidad de soluciones dinámicas, o vías de salida a la crisis planteada, y para esto apelan a todas las fuerzas vivas, entre las cuales se halla, naturalmente, la Universidad.

VENEZUELA Y SUS GRANDES MAESTROS

Venezuela, desde los albores de la independencia, cuenta con una importante tradición de maestros insignes, entre los cuales citaremos sólo algunos que han

(1) Emilio Mira López, «Lo que debe ser una Universidad radiada», *Cultura Universitaria*, Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1959 (jul.-dic.).

alcanzado fama universal por razones de todos conocidas: don Simón Rodríguez, don Andrés Bello y, más recientemente, don Rómulo Gallegos y don Mariano Picón Salas, ejemplos de hombres que han sido forjadores de hombres y también de la historia y el devenir de Venezuela y del continente.

En los momentos más difíciles de su historia, el país ha recurrido a ellos como a fuentes de inspiración e iluminación para tratar de hallar soluciones viables, y siempre las han encontrado: allí están los maestros dictando magisterio desde sus testimonios escritos, cuando no con su ejemplo viviente.

Pero en tiempos cambiantes y nuevas situaciones, Venezuela está, no obstante, abierta a las corrientes progresistas, aunque puedan ser distintas, y no duda tampoco en acudir sabiamente a buscar nuevas luces y nuevas esperanzas en aquellas mentes preclaras que puedan aportarle o sugerirle nuevas soluciones.

Así, cuando al final de la década de los años 60, y principalmente de los 70, el país sufre importantes convulsiones sociales, las cuales repercuten, por supuesto, en el colectivo estudiantil (la Universidad Central de Venezuela permanece dos años clausurada por el gobierno), y hay huelgas y disturbios estudiantiles en otras universidades y también en los planteles de educación secundaria (quizá, en parte, reflejo de los problemas, de los graves problemas estudiantiles de Francia y Estados Unidos, entre otros), el hecho es que se impone una revisión a fondo de la problemática social y también, por supuesto, de la universitaria (quizá por ser un país de extrema juventud, pues no olvidemos que aproximadamente el 75 por 100 de la población es menor de veinticinco años), y a los estudiantes se les tiene generalmente en gran consideración, pues además de pilares del progreso y de la futura dirigencia, suelen ser en su mayoría hijos de las familias pudientes o acomodadas, como ya se dijo anteriormente, pues las clases populares, si bien tienen también acceso a la misma, todavía no forman una élite tan so-

bresaliente dentro del conjunto de la población estudiantil.

Es entonces en este constante devenir, en este desarrollo por hallar los caminos hacia la luz y el orden institucional, donde el pensamiento de Ortega y Gasset se hace presente a través de hombres que lo han leído y en algunos casos hasta han ido más allá de los meros conocimientos.

EL PENSAMIENTO ORTEGUIANO Y SU DIFUSIÓN EN VENEZUELA

El pensamiento de Ortega y Gasset era ya conocido en Venezuela por algunos hombres prominentes, altos intelectuales, como el maestro don Rómulo Gallegos o don Mariano Picón Salas y algunos otros. El primero, por haberse familiarizado con el pensamiento orteguiano en España, donde estuvo en un cuasi exilio y publicó su primera novela importante, *Doña Bárbara*, que lo llevó a la fama nacional e internacional, y el segundo, por haber cursado estudios en Chile, donde Ortega era ampliamente conocido, quizá por haber tenido Chile, además de su conocida tradición cultural, mucho contacto con Argentina desde los albores de la independencia, cuyo país recibió a sus exiliados políticos a partir de la dictadura de Rosas. Por este país desfilaron, en procesión incesante, los mejores intelectuales de la época, lo cual dejó una influencia importante y una tradición de larga trayectoria intelectual. Allí, como decimos, el maestro Picón Salas fue, como anteriormente había sido don Andrés Bello, profesor en la Universidad y ampliamente conocido en el ambiente intelectual, y de aquí datan sus conocimientos, amén de la influencia de la *Revista de Occidente* para los hispanoamericanos en general. Pero es indudablemente de Argentina de donde emana la fuente de contacto más importante de Hispanoamé-

rica del pensamiento orteguiano, pues aparte de las visitas del propio Ortega, las grandes publicaciones de su obra que se hicieron en las importantes casas editoras argentinas, filiales en algunos casos de las editoriales españolas, además de los vínculos directos con emigrados españoles en este país, lo cual contribuyó también enormemente a la mayor difusión en este también hermoso país del Sur.

Por añadidura, como es sabido, Ortega tenía una gran estima a la Argentina, a la cual consideraba muy superior al resto de los pueblos americanos, mientras que a Venezuela y a los otros países caribeños siempre los consideró como más inferiores, «sub-americanos», o mestizos, acorde con su mentalidad un tanto aristocratizante, y se sabe que nunca llegó a visitar a ninguno de estos países (...). Ya están lejos los tiempos en que José Ortega y Gasset escribió, no se sabe si con tristeza, rabia o desprecio, «haber viajado a SUB-AMÉRICA», y también lo están aquellos en que un humorista europeo, preguntado acerca de las diferencias entre Europa y América, respondió: «En Europa hay muchas personas y pocas cosas; en América hay muchas cosas —principalmente enterradas— y pocas personas» (2). Ni tan siquiera tuvo ninguna colaboración literaria permanente con periódicos o revistas culturales de estos países. Por estas razones, entonces no fue un filósofo ampliamente difundido o popularizado en Venezuela, al menos en los primeros tiempos.

LOS EXILIADOS EN VENEZUELA

La llegada de los primeros exiliados españoles a Venezuela a raíz de la guerra civil española, los «trasterrados», como se considerarían algunos de ellos, el

(2) Emilio Mira López, «Lo que debe ser una Universidad radiada», *Cultura Universitaria*, Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1959 (jul.-dic.).

bagaje cultural y la extraordinaria acogida que en términos generales se les brindó en todos estos países, de los cuales Venezuela tiene una buena representación, contribuyó a difundir el pensamiento orteguiano con gran vigor; así, nos dirá el venezolano académico de la Historia y ensayista don Guillermo Morón: «(...) Cuando yo estudiaba bachillerato en Carora y en Barquisimeto, entre 1940 y 1946, Ortega era lectura principal. Mas luego, cuando estudié en el Instituto Pedagógico Nacional de Caracas, los tres años siguientes, era menester colocar las meditaciones de Ortega entre las luces filosóficas, junto a aquellos autores que habían contribuido a transformar las ideas del mundo.

Bajo la impresión de las lecturas del bachillerato, y sometida al peso de la autoridad filosófica, mi generación se hizo orteguiana sin averiguar mucho del asunto» (3).

Sin embargo, como se dijo anteriormente, con la llegada de los exiliados, que en Venezuela fue un grupo nutrido y sobre todo muy significativo por su cualificación, pues entre ellos figuraban hombres de una talla excepcional, que habían sido discípulos directos de la cátedra orteguiana en Madrid, o muy cercanos a su pensamiento, como el gran filósofo Juan David García Bacca, Manuel Granell, Lorenzo Luzuriaga, J. R. Guillent Pérez y otros que también son y han sido ilustres profesores de la Universidad Central de Venezuela y que han contribuido a preparar a toda una importante hornada de jóvenes filósofos que conocen bien el pensamiento orteguiano, tal es el caso de Juan Antonio Nuño (nacido en Madrid, pero licenciado en Filosofía en Venezuela), Ernesto Mayz Vallenilla, doctor en Filosofía por la Universidad Central de Venezuela, que posteriormente y desde diferentes e importantes posiciones dentro del campo de la enseñanza universitaria, como director de la cátedra de Humanidades de

(3) Guillermo Morón, *Historia política de José Ortega y Gasset*, edit. por el Ateneo de Caracas, 1980, pág. 7.

la Universidad Central de Venezuela y más tarde rector de la Universidad «Simón Bolívar», desarrollará una importante labor filosófica y docente, promulgando sus ideas renovadoras de la formación universitaria y en las cuales encontramos abundantes reflexiones sobre el pensamiento filosófico de Ortega y Gasset en torno a la Universidad y el hombre en general.

La Universidad «Simón Bolívar», como sabemos, es una Universidad creada como puramente técnica, es decir, para la formación exclusiva en ciencias —vale decir, para preparar ingenieros y técnicos de alto nivel, que respondieran rápidamente a las urgentes necesidades del sector industrial y petroquímico, indispensable para el crecimiento del país—, fundamentalmente dirigidas hacia la autosuficiencia tecnológica del importante sector petrolero, sobre todo teniendo en cuenta las miras del gobierno, puestas en la futura nacionalización de la industria del sector petrolero y minero, que efectivamente se llevó a cabo más tarde (1975, nacionalización de la industria del hierro, y 1976, la de la industria petrolera).

Como respuesta a la creciente infiltración de ideas marxistas y a la politización universitaria, hervidero, por otra parte, de otros problemas, el gobierno decide tomar la Universidad por la fuerza y la mantiene cerrada dos años, como se dijo, y ante los problemas globales, se decide en 1970 la creación de esta nueva Universidad, que sería «aséptica» políticamente y dedicada a la técnica, atendiendo así el mercado de técnicos nacionales, pues Venezuela, siguiendo una vieja tradición bastante arraigada en el país (por otro lado muy hispana también, con el concepto de la hidalguía y las humanidades —más noble el ocio que el *necocio*—), pretenderá romper el sortilegio y despegar con la técnica y la ciencia de los países industrializados.

Pero sabemos que la mentalidad y los complejos no se cambian tan fácilmente como las modas de vestir femeninas; suelen tomar de suyo algunas genera-

ciones, después de mucho esfuerzo y preocupación. Por otra parte, sabemos que los estudios puramente técnicos son también alienantes, salvo en casos excepcionales, cuando no van intercalados con las ciencias del espíritu; y el promedio de los jóvenes universitarios no resisten una presión escolar alta sin una compensación de aquellas actividades creativas típicamente humanísticas, que son, por otra parte, creemos, necesarias para la formación del hombre integral.

Así, la preocupación del rector de la Universidad «Simón Bolívar», doctor Ernesto Mayz Vallenilla —que, por otra parte, eran preocupaciones de su tiempo en los medios cultos y también de todos los ciudadanos responsables y preocupados por el país—, se centró en la búsqueda de posibilidades para paliar las dificultades: conatos de huelga, protestas estudiantiles, defecciones, escaso rendimiento para los estándares que la institución exigía, etc. Este era el panorama de los últimos tiempos de la década de los 60 y principios de los 70. De esta manera, tratando de actualizar la Universidad y adaptarla a los nuevos tiempos, Mayz Vallenilla reflexiona sobre los temas de Ortega para aplicar su propia filosofía a los cuidados del momento y de la Universidad. «(...) la Universidad debe tratar de proporcionarle al hombre una formación mediante la cual, a pesar de su primordial textura y raigambre técnica, pueda éste ejercer una actividad que no lo convierta en un mero autómatá mecanizado, o en un apéndice de los aparatos y medios con que realiza su trabajo, quedando aquélla despojada de todo carácter personal y sometida a una completa alienación. En tal sentido, la formación debe conferirle los indispensables instrumentos y energías intelectuales que les permitan revestir su actividad con un sentido creador, a la vez que autónomo, donde ésta pueda ser realizada con expresión de una obra proyectada por él mismo» (4).

(4) Ernesto Mayz Vallenilla, *De la Universidad y su teoría*,

Como se dijo anteriormente, la Universidad «Simón Bolívar» es una institución de reciente creación, más adaptable y manejable, pues la clásica Universidad Central de Venezuela, con una población estudiantil por encima de los 40.000 estudiantes, políticamente generadora de una actitud crítica y a veces antigubernamental, obligó prácticamente al gobierno a seguir este camino por vía de la «descentralización».

Así, surge la Universidad «Simón Bolívar», alejada del casco urbano, quizá por esto más aséptica políticamente, y alejada de las penetraciones no universitarias; en una palabra, más controlable. El lugar donde se levanta la nueva Universidad es, desde luego, excepcional. Aprovechando los terrenos de la hacienda «Sartenejas», en Baruta, relativamente cerca de Caracas, pues ya hoy se le acercan peligrosamente las nuevas urbanizaciones, es un hermoso valle perteneciente a la hacienda del mismo nombre, Sartenejas, cuya casona colonial se conserva como centro administrativo. El lugar es de una belleza excepcional y paradisíaca, con un clima suave y fresco, todavía incontaminado, es como una muestra-museo de lo que podría ser la Caracas colonial, es un gran privilegio tener estas hermosas instalaciones con sus jardines y rosaledas y sus modernos edificios no excesivamente altos, afortunadamente; esperamos que el obligado progreso y las necesidades expansionistas no «engullan» estos sagrados lugares o, por lo menos, se respeten al máximo desde un punto de vista ambiental y ecológico estos reductos que cada día van escaseando más en el país.

Esta Universidad, «científica» por excelencia, creada según planes y proyectos como pueden ser los de las universidades técnicas más avanzadas de países industriales como Estados Unidos o Alemania, por lo cual el claustro de profesores está formado fundamen-

Publicaciones de la Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1966, pág. 46.

talmente por puros e ilustres ingenieros, imbuidos de los más arraigados y asépticos ideales científicos, por lo cual, salvo honrosas excepciones, los pensa eran ceñidos estrictamente a la formación técnica, exigencia de altas calificaciones (en Venezuela se calificaba sobre 20 y tenemos entendido que en esa fecha, para tener derecho a los exámenes de admisión, había que tener un promedio de notas de 15,5 mínimo, lo cual es muy por encima de los promedios populares), y lo cual dejaba automáticamente excluidos a muchísimos estudiantes con calificaciones que no alcanzaban este alto promedio.

En esta guisa, los conocimientos y las necesidades académicas eran impartidos a grandes presiones y los estudiantes protestaban de una excesiva información técnico-científica deshumanizante y poco gratificadora, lo cual pensamos que en cierta manera era verídico, puesto que el mismo rector lo testimoniaba en reiteradas declaraciones.

«Lo único que a tal aspecto deseamos señalar es cierto cuidado y cautela que debe existir por parte de la Universidad a fin de evitar que, mediante la exageración e hipertrofia de la actitud técnica que domina la enseñanza, pierda o ignore el hombre sus vínculos con la naturaleza, sustituya su inclinación a ella por un ciego culto hacia lo técnico, y transforme su estilo vital en una suerte de praxis tecnificada donde todo ejercicio de sus medios y aptitudes innatas quede suplantado o mediatizado por el uso de aparatos y artificios que lo separen progresivamente de aquélla (...)» (5).

En tal sentido, la Universidad demandaba urgentemente la creación de un frente más amplio de enseñanzas, un mayor equilibrio entre la ciencia y las humanidades, y las decisiones en los claustros de profesores y los contenidos académicos de la enseñanza impartida eran cada día más agrios, pues si bien los

(5) *Ibid.*, pág. 54.

objetivos estatales y sus exigencias estaban claros, no así los medios académicos, en los cuales el mismo rector, procedente de la filosofía junto con un pequeño grupo de humanistas introducidos para los cursos básicos comunes, estaban en perpetua lucha y discusiones bizantinas sobre estrategias y planes a seguir. Lucha titánica, pues los ingenieros manifestaban con su típica suficiencia que «para qué un ingeniero necesita conocer a Platón o Santo Tomás. Lo que tiene es que aprender el dominio a fondo de su técnica, lo otro son “pajas”». A lo que respondían los humanistas, o alguno de sus representantes: «sí, pero esa paja no la comen todos los burros».

El hecho es que estas anécdotas reflejan el clima cargado que se vivía en la Universidad en tales momentos y que se estaba jugando, fuera de lo anecdótico, el futuro de una generación o de unas generaciones venideras, de un país y, por ende, de la Humanidad.

El reto planteado era, es, de gran trascendencia, y la batalla por las ciencias o las humanidades se libra en todo su mejor rigor.

«Conscientes de esto, no en balde hemos acusado la profunda alienación que brota de la técnica, pues al quedar progresivamente disminuida y sojuzgada la espontánea sociabilidad humana por obra de la creciente tecnificación de las normas, el hombre es compelido a convivir con otros en un mundo cada vez más impersonal, donde cada quien cumple una función meramente instrumental al servicio de una anónima tarea. Ahora bien, es claro que dentro de tal mundo, a pesar de toda posible apariencia de aproximación y cercanía, no puede existir una verdadera y profunda relación interhumana, ni menos los íntimos y hondos nexos que implica una vinculación de orden personal. Sometidos en su convivencia por meras convicciones y normas instrumentales, que regulan mecánicamente su comportamiento, el hombre es para el hombre no un verdadero prójimo, sino un “semejante” cuya similitud o parecido encuentra en la común condición

instrumental con que uno y otro se "objetivan" en su trato. Dentro de éste, potenciada aquella apariencia, tiende a quedar anulada la dignidad de fin en sí que es inherente a la persona humana, y el hombre queda convertido en un simple medio que es utilizado en su condición de tal» (6).

Como vemos, las discusiones en torno al problema de la conveniente dirección a tomar en los rumbos de la Universidad son en buena medida propiciados por el propio rector, Ernesto Mayz Vallenilla, aunque, por supuesto, sometidos a las exigencias oficiales en cierta manera; no obstante, gracias a la personalidad influyente del rector y a las discusiones promovidas sobre la conveniencia de las humanidades dentro de la ciencia, vemos cómo se perfila el pensamiento orteguiano.

«Ortega fue en esto filósofo de alcurnia. Su preocupación por la Universidad se explica entonces por sí sola. Su intento por esclarecer la «misión» de ella, que es como decir la finalidad de su educar, propugna por dilucidar fundamentalmente ambas cuestiones; qué debe enseñarse y cómo debe enseñarse, para que el hombre de nuestro tiempo —perdido cada día más dentro de la vorágine de un saber hipertrofiado— alcance la posesión de una verdad salvadora que, enraizándose en su vida, sea capaz de evitar el total naufragio de sus ideas y creencias dentro de un total escepticismo.

Pero ¿tiene Ortega una verdadera "ideología" universitaria? ¿Posee, acaso, un pensamiento sistemático, lógico y coherente, en que puedan señalarse bases y consecuencias destinadas a responder las preguntas anteriormente formuladas? ¿Hay algún pensamiento que pueda tomarse como punto rector y fundamental y, desde él, mostrar cómo surge y se desarrolla su "ideología" acerca de la Universidad? Así lo creemos, y quisiéramos mostrar brevemente cómo el llamado por

(6) Ernesto Mayz Vallenilla, *De la Universidad y su teoría*, Publicaciones de la Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1966.

él "Principio de la Economía de la Enseñanza" —al conjugarse directamente con el intracuerpo de una de sus básicas afirmaciones filosóficas: la preeminencia de la Vida sobre el Intelecto— adquiere semejante significación de Principio o Fundamento dentro de sus ideas» (7).

«En efecto, para él, ese buen estudiante de la medianía, ese hombre medio, que es la proyección de nuestro tiempo y al que la Universidad no puede despreciar como problema, no necesita para vivir —oigase bien, para vivir, que es perentoriamente su básico negocio o su quehacer más radical e insoslayable— ser un científico y tener ese temple, entre heroico y dramático, del hombre cuya llama vital se alimenta de una tensa y sostenida lucha con los enigmas que la ciencia le plantea a su intelecto. Al contrario, vivir —que es la tarea más raigal de todo hombre— no es vivir del intelecto o para el intelecto. Vivir es cuestión más honda y efectiva: es problema tanto del cuerpo como del alma. Vivir sólo del intelecto o para el intelecto no es «vivir», es más bien desvivirse, hacer ascética (la ciencia es la ascética del intelecto), y por eso la Universidad, si ha de ser una institución al servicio de la vida, no puede tener como fin fundamental querer transformar aquel buen estudiante, preocupado en las urgencias de un efectivo quehacer vital, en un científico o en un investigador dedicado a una pura ocupación intelectual. Al contrario, la Universidad ha de educar "para" la vida; esto es, debe proporcionar a sus egresados un repertorio de conocimientos útiles y capaces de solucionar no sólo los problemas de su propia vida, sino también aquellos que presenten las ajenas» (8).

Es de notar que la Venezuela de la década de los

(7) Ernesto Mayz Vallenilla, *Homenaje a Ortega y Gasset*, Universidad Central de Venezuela, 1958.

(8) Ernesto Mayz Vallenilla, *De la Universidad y su teoría*, Publicaciones de la Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1966, pág. 90.

60, como la de hoy, se debate en una difícil controversia. Por una parte, la necesidad tecnológica que permita al país salir adelante arrastrando el pesado lastre o peso muerto que representa una gran masa de pueblo poco capacitado e improductivo casi, pues al no estar capacitado y estar ubicado en su mayoría en las urbes —hoy se calcula que el 80 por 100 de la población venezolana vive en las ciudades—, mientras que hace unos cuarenta años sólo vivía en las ciudades alrededor del 20 por 100, es de notar el enorme cambio prohijado por el petróleo, lo que representa en términos de organización social y servicios, en las enormes cargas para la educación y en las dificultades de subvenir todas estas necesidades para la planificación estatal y lo que representa como reto el mantener de alguna manera a esta cantidad de gente desarraigada e inoperante en la ciudad.

Por otra parte, hay una conciencia clara en los dirigentes de que se necesita de alguna manera motivar al pueblo para la superación, pues de lo contrario la oposición al gobierno, especialmente de las izquierdas —a principios de 1970 se funda el partido socialista, MAS—, que cada día va ganando más adeptos, pues parece que en las próximas elecciones será sin duda la tercera fuerza política del país, con gran incremento de votantes y una oposición cerrada contra el gobierno, con ofertas al electorado, que cada día se siente más defraudado por los partidos tradicionales en el poder, por lo cual, y ante la crisis económica que afecta al país debido a la caída de precios del petróleo y a la deficiente administración del gobierno (según criterios de la oposición), éste tiene que realizar un magno esfuerzo para cambiar esta situación, que por otra parte sabemos que es bastante generalizada en la mayoría de los países occidentales, o mejor mundialmente; pero que en Venezuela, por las características coyunturales del país, cobra aún mayor dramática, entre otras cosas por haberse mal acostumbrado a los dispendios excesivos y a una vida fácil y relajada.

Así, el gobierno se siente impelido hacia programas como el que se realizó urgentemente para la formación de profesionales en el exterior, conocido con el nombre de Plan de Becas «Gran Mariscal de Ayacucho», con el cual el gobierno de AD (período de Carlos Andrés Pérez) quiso dar un gran impulso en este sentido, pero que ha sido duramente criticado por la ingente cantidad de divisas que ha costado al país y por la escasa repercusión real de sus resultados, pues si bien alcanza a mucha gente, pero no, ni con mucho, a la gran mayoría de la población universitaria, y por otra parte, debido, como se decía anteriormente, a las restricciones petroleras, a la caída de la cotización internacional del bolívar y a la recesión general, el país se encuentra en este momento con una cantidad de profesionales técnicos especializados a los cuales no puede darles empleo, pues, entre otras cosas, el gobierno ha tenido que abandonar una serie de grandes proyectos cuasi faraónicos para dimensionarse a su más justa posibilidad, lo que, aunado a que la industria petrolera nacionalizada, al haber hecho inversiones fuertes en equipos automáticos de producción, necesita menos mano de obra, y esto actualmente resulta un grave obstáculo para el empleo de los flamantes profesionales.

Esto, de alguna manera, nos revierte al comentario que hacía el doctor Mayz Vallenilla sobre el «para qué» de los estudios deben ser verdaderamente hechos con una planificación a muy largo plazo y con objetivos muy claros, pues de lo contrario se corre el riesgo de obstaculizar la buena marcha de las relaciones productivas. No obstante, éstos son comentarios en torno a una problemática candente, que el país tiene que resolver, pero que por nada invalida los exordios en torno a las meditaciones orteguianas sobre la Universidad.

Por otra parte, otra de las limitaciones de la democracia es que un gobierno puede aconsejar, planificar su futuro y sus necesidades, pero finalmente no tiene

armas para imponer, como decíamos, estos planes; solamente puede utilizar la exhortación hacia la necesidad del estudio, la mayor capacitación indispensable, y poner los medios económicos y técnicos hasta donde alcancen las posibilidades del presupuesto oficial, pero no puede obligar por la fuerza, porque éstas serían medidas coercitivas y, por tanto, anticonstitucionales e impopulares.

De otra parte, crear un conveniente y estable crecimiento tecnológico es indispensable, pues sabemos que el autobús del progreso pasa pocas veces por la puerta, y o bien se toma en marcha, o se corre el gran riesgo de quedarse en tierra, sentados a esperar en la cola el número de la suerte para el viaje del progreso de los países industrializados, que quizá nunca más toca. La disyuntiva no deja de ser un desafío y una constante preocupación para aquellos técnicos responsables de los destinos del país.

Ante estas disyuntivas y terribles decisiones, cada día cobran más vigencia algunos postulados orteguianos:

«No creo en la absoluta determinación de la historia. Al contrario, pienso que toda la vida, y por tanto la histórica, se compone de puros instantes, cada uno de los cuales está relativamente indeterminado con respecto al anterior, de suerte que en él la realidad vacila, *piétine sur place*, y no sabe bien si decidirse por una u otra entre varias posibilidades. Este titubeo metafísico proporciona a todo lo vital esa inconfundible cualidad de vibración y estremecimiento» (9).

Lo que sí está claro es que ante los incesantes cambios que imponen las relaciones internacionales y los desafíos que cada día plantea la competencia internacional de los países industrializados, los países con menor potencial que intenten mantenerse en la brecha de lucha y progreso tienen que adoptar una actitud

(9) José Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas*, Revista de Occidente, Madrid, 1962, pág. 127.

firme y decidida y no engañarse en las apreciaciones y objetivos de sus necesidades primordiales, entre las cuales se encuentran indudablemente, repetimos, los planes de estudios.

«Una de las tareas que con mayor urgencia debe emprenderse en Latinoamérica radica en este cambio, el cual implica *eo ipso* una profunda y necesaria variación en la estimativa social acerca de lo que son los estudios universitarios y los estudios técnicos. Viejos y arraigados prejuicios se oponen a ello, pero la inicial condición es tomar conciencia del fenómeno a fin de afrontarlo. Un ejemplo admirable, en tal sentido, es el que nos ofrecen ciertos países europeos (Alemania, Francia, Inglaterra), donde las profesiones técnicas, e incluso ciertos oficios manuales, gozan de aprecio similar a las actividades intelectuales de genealogía exclusivamente universitaria. Es necesario, pues, que cada cosa se ponga en su sitio y mediante una larga planificación y trabajo se logren introducir las bases que produzcan una reforma parecida entre nosotros. Por lo que toca a la responsabilidad de la Universidad frente a tan delicado aspecto del desarrollo social, debe ella ser consciente de las molestas aristas que presenta el problema. Cercada, y a veces rebasada, por un creciente alumnado que busca en sus estudios una apetecida vía de mejoramiento y promoción social, mal haría si con olímpica ceguera cerrara sus puertas a estas justas aspiraciones, o se redujera a sembrar la frustración y el fracaso, mediante estrechos procedimientos selectivos, en verdaderas legiones de aplazados. ¿A dónde, en efecto, ha de fluir esa masa en derrota? ¿Qué camino pueden seguir aquellos millares de jóvenes al verse rechazados por la Universidad? Pero tampoco ella —como queda dicho— puede resignarse a la aceptación pasiva de un hecho que atenta, por desgracia, contra sus propios fines» (10).

(10) Ernesto Mayz Vallenilla, *De la Universidad y su teoría*, Publicaciones de la Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1966, pág. 250.

Es indudable que Venezuela está llevando a cabo una lucha titánica y no siempre reconocida a través de sus mejores intelectuales por salvar el obstáculo que representa una sociedad tan diversificada, crisol de todas las razas y meta de la diversidad de gente que por tantos motivos acude a llamar a sus puertas, ya sea desde los necesitados de exilio político a los miles y miles de emigrados por causas más o menos legítimas, pero que en su mayoría lo que buscan es pan y seguridad; en esto reconocemos que Venezuela ha sido generosa. Pero en esa generosidad está también el germen de inmensas dificultades para salir adelante con sus ambiciosos proyectos.

Una cosa está clara: que el gran legado de esfuerzo y lucha que han impuesto los próceres de la patria, entre ellos destaca, tanto por sus realizaciones como por su espíritu de libertad y grandeza, Simón Bolívar, el cual ha dejado una fecunda simiente en el campo de la enseñanza en aquellos tiempos difíciles de la independencia nacional, tiene forzosamente que seguir dando sus frutos, y en hombres como los que se han mencionado: don Andrés Bello, don Simón Rodríguez, don Mariano Picón Salas, o este hombre al que sinceramente admiramos, don Ernesto Mayz Vallenilla, filósofo de talla y alcurnia, no solamente nacional, sino merecidamente latinoamericana e internacional, serán los dignos continuadores de esta tradición, junto con otro largo etcétera, amén de otro gran filósofo español que ha realizado la mayor parte de su vida y obra también en Venezuela, don Juan David García Bacca, y a los cuales unimos nuestra querida tradición de pensamiento hispano en esta importante figura que es el egregio pensador, nuestro don José Ortega y Gasset, del cual todos podemos recibir gran estímulo y enseñanzas.

Formulamos votos porque la rica tradición vital del pensamiento hispano siga su trayectoria ascendente en estos países que, como Venezuela, participan del devenir de la Hispanidad.